

LA CREACION DE UNA MONEDA INTERNACIONAL ES IDEA DE UN ILUSTRE CUBANO

«Tira la piedra de hoy,
olvida y duerme. Si es luz,
mañana la encontrarás
ante la aurora, hecha sol.»

El poeta español Juan Ramón Jiménez, expresa en esos versos el viejo concepto de que la semilla sembrada habrá de germinar, y como la semilla, la idea. Es más, a veces germina donde menos se piensa, aunque en vez de sembrarla cuidadosamente se lance al viento.

Un cablegrama de Madrid nos trajo recientemente la noticia de que el novelista inglés Heriberto Jorge Wells, aficionado a la ciencia y a la observación del desenvolvimiento de la vida social en busca de las visiones de lo futuro, para crear teorías sociológicas y conceptos discutibles y apasionadamente discutidos, expuso en una de las conferencias que ofreció durante su visita a la que fué Villa del oso y el madroño y es hoy una de las tantas ciudades cosmopolitas de Europa, la necesidad y conveniencia de establecer una moneda universal como uno de los medios más apropiados al objeto de solucionar la depresión económica que azota al mundo.

No vamos a calificar de utópica o a dar por realizable la idea de Wells, que maestros tiene la Economía, a los que corresponde analizar y definir su viabilidad. Simplemente vamos a demostrar que una vez más se comprueba que «no hay nada nuevo bajo el sol», porque en esta ciudad de la Habana hubo quien, previendo los acontecimientos económico-sociales que conturban a la Humanidad y amenazan destruir o modificar radicalmente nuestra civilización, propuso lo mismo que ahora expresa el insigne novelista inglés, y la resonancia que en nuestro propio país han tenido las palabras de éste, nos induce—ello es justo—a recordar las de un ilustre cubano que con diez años de antelación recomendó lo que ahora se acoge, incluso aquí, como original.

En efecto; el 15 de octubre de 1922, con motivo de la inauguración del curso de la Academia Católica de Ciencias Sociales, el doctor Mariano Aramburo y Machado—animador de esa entidad, como lo fué también de la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de la Habana, desde cuya tribuna ofreció muy sabias lecciones—trató con su habitual maestría de «la reforma económica»,

que asentó sobre tres bases: la transformación del contrato de trabajo en contrato de sociedad, con la consiguiente participación del obrero en las utilidades; el librecambio y la universalización de la moneda, materia esta última, acerca de la cual enunció con criterio científico lo mismo que ahora parece haber manifestado en concreto Wells, cuyas palabras han tenido la amplia resonancia que en justicia pudieron tener en su día las de nuestro compatriota, si éste las hubiese pronunciado en un centro de cultura como Madrid, donde en diversas ocasiones y ante auditorios muy selectos dejó en su autorizada voz.

Como sin duda algo enaltece a nuestro país el hecho de que un extranjero de penetrante ingenio coincida con un cubano, que también lo tiene, o más exactamente que un cubano de poderosa mentalidad se haya anticipado con mucho a ofrecer una concepción que ahora se admite como novedad, bueno es que demos-tremos, reproduciendo lo atinente a la propuesta moneda universal, los conceptos vertidos por el doctor Aramburo y Machado al lanzar la idea de que se creara, cuando apenas había salido el mundo de los desoladores efectos de la gran guerra y empezaban todas las naciones a acomodar su economía a las nuevas modalidades impuestas pero aun no halladas, por la desarticulación del comercio, el abuso del crédito, el desquiciamiento del orden financiero, el quebrantamiento de la moral pública, la relajación social y cuanto después de haberse producido la revolución rusa mantiene agitados a los pueblos y a algunos al borde de la anarquía.

Nos parece que es justo y al mismo tiempo oportuno, decir, probándolo, que lo que acaba de proponer en Madrid el novelista inglés autor de las fábulas «The Island of Dr. Moreau», «The Time Machine», etc., lo propuso hace dos lustros en la Habana el jurisconsulto cubano autor de obras como el tratado de Filosofía del Derecho, que ha merecido los honores de la traducción en los Estados Unidos. Vea el lector por lo que sigue, si hay razón para reclamar para el doctor Aramburo la gloria que pudiera caber a Wells al coincidir en la idea de la universalización de la moneda, caso de ser viable y llevarse a la práctica:



Tan desacreditada como la teoría del pacto social en la ciencia política está hoy en la ciencia económica la hipótesis del pacto pecuniario, que algunos tratadistas fantaseadores fraguaron para explicar la aparición de la moneda en el mercado, imaginando una convención pública por la cual en un momento dado, quedaron reemplazadas las especies canjeables con ese signo, sustituyendo instantáneamente la permuta con la compraventa.

Sábase hoy, por lo contrario, que la moneda, como la escritura, como todas las instituciones de la vida civil, es un producto progresivamente elaborado por el esfuerzo humano en su trabajosa marcha por el camino de la sociabilidad, anterior en muchos siglos al nacimiento del Estado, que al encontrarlo ya admitido por la costumbre y circulante en el comercio, no hizo más que perfeccionarlo, garantizando su integridad y su pureza con el monopolio de la acuñación, para que por todos fuera recibido como la confianza que inspiran las cosas auténticas por la pública fe de la soberanía.

Bien se comprende que mientras cada Estado vivió en apercibida hostilidad contra los otros, aspirando a engrandecerse a costa de ellos, sin vislumbrar siquiera los vínculos de la comunidad en que todos deben convivir para ayudarse mutuamente en la obra del progreso humano, la moneda fuera uno de tantos signos del poder político; que hubiera tantas como gobiernos; que cada una llevara el retrato del príncipe y el escudo del pueblo que la emitía, porque todo ello era efecto y sello de la autoridad territorial, que así acreditaba su existencia y su vigor representativo en la competencia (principalmente política y subalternamente económica, en cuanto la segunda podía servir a la primera) con que por agria y hosca manera cada Estado afirmaba su personalidad frente a los demás señores.

Pero cuando, como hoy sucede, los intereses económicos se compenetran



Mariano Aramburo

cada vez con más generalidad; cuando la experiencia y el conocimiento científico han separado ya el orden político del orden económico con límites sólo allanables por la ciega fuerza o la violencia injusta; cuando una

jugada bursátil hecha en Europa repercute en América y una quiebra en los Estados Unidos se siente hasta en Turquía; cuando es más real y efectiva y más conscientemente vista la universalidad del orden económico, la profusión de sistemas monetarios nacionales constituye un anacronismo tan chocante con el espíritu de la época que la supervivencia sólo se explica por la energía retardatriz del misonéismo nacionalista, explotado hábilmente por el bastardo poder de la banca, la más notoria omnipotencia en nuestros días, que con la cábala del cambio lucra bonitamente millones y millonarios sustraídos a la potencia productora de los países castigados por la depresión de su moneda, la cual, como mercancía nacional que es al cabo, está sujeta a las oscilaciones y vaivenes que le imprimen las vicisitudes del comercio.

El quebranto es sensible para todas las clases de la nación, porque todas sufren con la merma del poder adquisitivo de la moneda y el alza correlativa de los precios; pero para ninguna en tanto y tan doloroso grado como para la clase obrera, que a la exigüidad de sus ordinarios recursos ha de añadir, en el catálogo de sus culpas y miserias, la reducción de la demanda de trabajo causada por la paralización industrial que acarrea la depresión monetaria, y porque ésta viene a ser un impuesto indirecto a favor de la producción extranjera que se importa y que, como todos los de esa clase, pesa con más gravedad sobre los pobres.

Bien sabido es, por cuantos tienen claras nociones económicas, que la función de la moneda no es otra que facilitar el comercio, haciendo oficio de instrumento de los cambios, y si en tal concepto se la toma por común denominador de los valores es porque el suyo propio resulta menos inestable y vacilante que el de los demás frutos de la naturaleza y los productos de la industria, no porque ese valor alcance nunca la inalterabilidad y firmeza absolutas que debería poseer para constituir la medida exacta y el justo signo de todas las otras mercancías. Y esto porque la moneda no deja de ser nunca una mercancía más, sujeta, como todas, al ineludible imperio de las leyes económicas, y así entraña dos valores; el intrínseco de los metales de que está formada, cuya extracción, purificación y labra implican trabajo y gasto variables, y el extrínseco o comercial, determinado por el juego de la oferta y la demanda, en virtud de la móvil relación entre la cantidad de moneda circulante y la suma de mercaderías en venta, puesto que si éstas se compran con aquélla, también la moneda se vende por mercancías, viniendo a ser una y otras como precios recíprocos en las compraventas. Y siendo todo ello incontrovertible, ¿por qué mantener agregada a estas causas inevitables de inestabilidad la arbitraria que brota de la multiplicidad y nacionalidad de los sistemas monetarios? ¿A quién más que al agio codicioso y al fraude extorsionista aprovecha esta rivalidad de monedas?

Aquel defecto de absoluta inmutabilidad del valor de la moneda es necesario y fatal, y hay que aceptarlo con la sosegada resignación que imponen todas las cosas que están por encima de la voluntad de los hombres. Pero el daño que proviene de la diversidad nacional de monedas es remediable por concierto voluntario, sólo persistente por insanos propósitos, sólo duradero por claudicación de las jurisdicciones políticas y por inhibición de las fuerzas sociales llamadas a actuar en pro de esta unificación benignísima.

Quizá nunca se llegue a la unidad idiomática, aspiración esforzadamente

servida por la encumbrada mente de los creadores de lenguas artificiales, porque la de cada pueblo es el mejor y más amado tesoro de su espíritu; pero que no se llegue a la unidad de moneda, cuando ésta se quiere que sea, y así la nombran los maestros de economía, «el lenguaje universal del comercio», y que no se llegue ahora en que tantas oposiciones y diferenciaciones territoriales se funden y disuelven en unidad internacional, como expresión de sus ansias de vida solidaria que al presente agitan a los hombres con movimiento presuroso de hermandad universal, es algo verdaderamente inconcebible. Y siendo de tan fácil ejecución el adelanto como que no requiere más que el concierto de las principales naciones para el establecimiento de un Instituto Internacional de la Moneda, donde se reanularan las existentes, sorprende y apena el olvido que de esta necesidad muestran los gobiernos y las corporaciones, los hombres de Estado y los hombres de pensamiento, los capitalistas y los obreros.

Estos últimos, más que todos, harían bien en convertir su anhelo hacia la apetecible reforma, desviándolo de las rutas abismales por donde corre y salta con inconsciencia de ciego que no ve la sima que bordean sus pasos aventurados.

El comercio es fenómeno y necesidad universal: sea, pues, también universal en signo, y haya una sola moneda con que los hombres pueden viajar y traficar del uno al otro confín de la tierra.

Como se ve, el doctor Aramburo se anticipó con mucho a Wells, quien acaso no haya expuesto su teoría en forma tan científica, porque más que un pensador es un literato de imaginación frondosa.

El hecho de que con diferencia notable de tiempo coincidan uno y otro en la idea de crear una moneda universal, ciertamente se presta a consideraciones. Se dirá que esa idea estaba en el ambiente, que surgió y se repite como consecuencia de las circunstancias en que se desenvuelve el mundo; pero es honroso para nuestro país que fuese un cubano el primero que la lanzó.

Esto justifica la reproducción de las palabras del sobresaliente cubano que tenemos en el doctor Aramburo y el comentario que nos han sugerido, demasiado pobre para lo que ellas merecían en esta singular oportunidad.

R. de URUMEA.

M. J. J. 5/32



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA